

# Lectura y educación en la modernidad latinoamericana

XAVIER RODRÍGUEZ LEDESMA

## Resumen

El trabajo se pregunta sobre las opciones existentes dentro del ámbito educativo-cultural, para hacer frente a las nuevas prácticas que la revolución tecnológica contemporánea representa debido a las modernas formas de comunicación. Se avanza en una propuesta que, tomando en cuenta las características económicas, políticas, sociales y culturales de las naciones latinoamericanas, permita la imbricación de la forma cultural tradicional encarnada en la lectura, con la utilización de los nuevos sistemas, pero siempre teniendo presente que los discursos ahí expresados son productos históricos.

## Abstract

The work inquires about the existing options within the cultural-education field, to face the new practices that the contemporaneous technological revolution represents in the modern forms of communication. It is set forth in a proposal that, taking into account the economic, political, social, and cultural characteristics of Latin American nations, allows the joining together of the traditional cultural form embodied in the reading, with the utilization of the new systems, but always keeping in mind that the discourses expressed by them are historical products.

---

*Si nos fuese dable comprender cómo han leído otros hombres, nos acercáramos también al entendimiento cabal de cómo le dieron sentido a su vida, y de esa manera, con memoria de la historia, podríamos incluso satisfacer al menos un gajo de nuestra propia sed de sentido.*

Robert Darnton

*Algunos me reconocen, me atribuyen una actividad y hasta ahí. Y esto me causa extrañeza y ya. No me dicen: "usted es escritor, lo he leído; me dicen "usted es escritor, lo he visto en la tele".*

Carlos Monsiváis

**P**artamos de una idea bastante reconocida y difundida: la rapidez característica de la modernidad provoca una serie de fenó-

---

menos culturales y educativos que en los países latinoamericanos encarnan en crudas paradojas históricas.

De entre ellas quiero resaltar una para trabajar en este espacio: la que tiene como base la inquietud social por alcanzar mejores niveles culturales partiendo de la idea (certeza) de que la lectura de libros es la herramienta fundamental de acceso a estadios culturales superiores, o incluso concibiéndola como el cimiento para poder alcanzar la libertad. El problema radicaría, en el mejor de los casos, en los bajísimos niveles de lectura registrados en nuestras sociedades y, en el peor, en el alto índice de analfabetismo.

Como si esos dos factores fueran poca cosa, hoy en día se erige una nueva revolución tecnológica que —en el fondo de nuestro ser queremos seguir creyendo que sólo aparentemente— está llamada a sustituir a ciertas formas de comunicación humana, entre ellas, obviamente, al propio ejercicio de leer y escribir tal cual nosotros lo hemos aprendido.

La paradoja consiste en que, utilizando y llevando aun más lejos la expresión de un poeta mexicano, podemos decir que no solamente estamos llegando tarde y por la puerta de atrás a una fiesta a la que no fuimos invitados,<sup>1</sup> sino que estamos preocupados por aprender a bailar un ritmo que ya no es el que se está tocando a estas alturas del convivio.

Planteado como hasta aquí el problema, no vemos más que un clarooscuro que, si bien nos muestra los polos del fenómeno, deja en la bruma una serie de puntos intermedios y matices necesarios de tomar en cuenta.

Uno de ellos es que la propia actividad de leer ha sido relegada por otras formas de comunicación, entretenimiento y culturalización. Por tanto, en el análisis no debe usarse como referencia exclusivamente a los amplios sectores analfabetos, sino que también debemos tener presente un problema que, desde hace aproximadamente 30 años para acá, se ha convertido en objeto explícito de preocupación; me refiero justamente a las ínfimas tasas de lectura existentes entre los sectores alfabetizados.

<sup>1</sup> Octavio Paz, *Posdata*, México, Siglo XXI Editores, 20a. ed., 1987, pp. 13-14.

Ese fenómeno no es de manera alguna un rasgo distintivo de las sociedades latinoamericanas,<sup>2</sup> ya que, al revisar algunos de los índices culturales de sociedades económicamente desarrolladas, como la estadounidense, se reporta que un alto porcentaje de egresados de la enseñanza media nunca más vuelven a leer un libro completo. Asimismo, en Francia, el fenómeno de la no lectura incluso se ha catalogado como problema cultural-educativo que el gobierno debe enfrentar y resolver.<sup>3</sup>

Pareciera entonces —y esto es motivo de una gran inquietud y decaída por parte de un amplio (en términos particulares) pero reducido (en términos generales) grupo— que el ejercicio de leer libros está llamado a desaparecer en un mundo que se dirige inexorablemente hacia otras formas comunicativas y culturales.<sup>4</sup>

Las reacciones frente a esta tendencia que cada día se presenta más claramente en nuestra cotidianidad son diversas. Por una parte hallamos a los que con deleite se refieren a las bondades que el libro

<sup>2</sup> Un hermoso poema que Wislawa Szymborska escribió en los primeros años de la década de los sesenta refleja maravillosamente este fenómeno:

Velada literaria  
Musa, no ser un púgil es como no ser nadie  
Nos escamoteaste un público vocinglero.  
En la sala hay una docena de personas,  
es hora de comenzar  
La mitad vino porque llueve,  
los demás son parientes. Musa.  
[...]  
En la primera fila un viejecito dulcemente sueña  
que su difunta mujer salió de la tumba  
para prepararle una tarta de ciruelas.  
Con ese fuego —poco, para que la tarta no se quemé—  
comenzamos la lectura. Musa

*El gran número. Fin y principio y otros poemas*, Madrid, Hipenon (Poesía, 300), 1997, pp. 69-70.

<sup>3</sup> Véanse Anne-Marie Chartier y Jean Hébrard, *Discursos sobre la lectura (1880-1980)*, Barcelona, Gedisa, 1994.

<sup>4</sup> Sobre este tema pueden verse, entre otros: a) Roger Bartra "Libros hambrientos. Lectores escasos", *Reforma*, México, 10 de febrero de 1998; b) Roger Chartier, "Del códice a la pantalla las trayectorias de lo escrito", en *Sociedad y escritura en la Edad Moderna*, México, Instituto Mora, 1995, pp. 249-263; c) Michel de Certeau, "Leer una cacería furtiva", en *La invención de lo cotidiano. I Artes de hacer*, México, Universidad Iberoamericana-Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente/Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 1996, pp. 177-189; d) Gabriel Zaid, *Los demasiados libros*, Barcelona, Anagrama (Argumentos, 183), 1996.

---

de folios tiene como una forma especial y particular de integrar un discurso escrito con el ser del lector. Por otro lado encontramos a los que ponen el acento en las generosas posibilidades que la lectura tiene en la formulación de procedimientos de estructuración del pensamiento y de alimento de la imaginación. También están los que vinculan la pérdida de ese hábito (como si alguna vez lo hubiera habido de manera general y universal) al surgimiento de otras formas de comunicación, poniendo un especial énfasis hasta hace poco en la televisión y actualmente en los videojuegos y otros medios cibernéticos.

Si bien estas apreciaciones no carecen de alguna razón, creo que, aunque nos resulte difícil, debemos asumir de una vez por todas que hoy en día vivimos en el umbral de una nueva fase de desarrollo tecnológico que repercutirá ineludiblemente en la transformación del quehacer cultural e intelectual, y por tanto le asignará un nuevo rol (o, peor aun, gaveta) a los libros. El problema entonces debe pensarse en un sentido más amplio que el simple lamento por la extinción de una actividad cultural que, al final de cuentas, sirve también para evidenciar la historicidad de nuestro ser y hacer.<sup>5</sup>

Un caso tendría que habernos obligado a reflexionar en este sentido desde hace ya varios años: el que vivimos los que laboramos en instituciones de educación superior, el cual no deja de inquietarnos, enojarnos o hasta deprimirnos. Me refiero a las dificultades para hacer que se lea. Este fenómeno constituye una trágica paradoja más de la labor educativa y cultural.

La lógica académica, la mitología creada alrededor de las instituciones de educación superior como centros “naturales” de cultura, hacen que el cuestionamiento y/o evidenciación de la ausencia o, en el mejor de los casos, raquítico nivel de lectura existente resalte una contradicción que, por obvia, se hace transparente.

La disección de esta “tragedia académica” debe separar distintos planos del fenómeno; entre ellos es necesario enunciar un factor central: el cambio del papel que las instituciones de educación supe-

<sup>5</sup> “La experiencia de publicar en provincia enseña asimismo que la incultura, desde el punto de vista antropológico, es una cultura. Se reproduce de generación en generación, de padres a hijos y nietos. No es una grosería no contestar una carta. No es una agresión no responder un telefonazo. Detrás de la ignorancia hay también una gran soberbia.” Federico Campbell, *Post scriptum triste*, México, Ediciones del Equilibrista/UNAM, 1994, p. 36.

rior han desempeñado en las sociedades latinoamericanas, pues desde hace varias décadas se han convertido en válvulas de escape para las legítimas demandas de empleo y ascenso social de la población. La posibilidad de escabullirse del desempleo por algunos años, la simple asunción del mito de que el credencialismo es un factor importante para la obtención de los escasos puestos de trabajo libres existentes, y la incapacidad de las políticas económicas implementadas en la región para crear empleos —entre otros puntos— nos ayudan a avanzar en la comprensión del fenómeno de la masificación de esos centros de altos estudios.<sup>6</sup>

Vemos como a ese nivel educativo ingresa un altísimo número de individuos que, obviamente, no tendrán las mejores condiciones para el desarrollo de una actividad académica. Pero, por otra parte, comenzamos a encontrar respuesta a la “pasividad cultural” de un alto porcentaje de estos estudiantes. Si la Universidad-educación-cultura es vista simplemente como un medio para alcanzar otros fines, es obvio que será en gran parte utilizada exclusivamente para lograr esos objetivos. Desde esa lógica, la manera en la que el título se haya obtenido es lo de menos; lo que interesa al final de cuentas es haberlo logrado, no lo que se haya aprendido, leído o cómo se haya transformado la vida, si se es más completo al final de haber cursado la currícula o se continúa igual que cuando se entró, aunque ahora, claro, con un diploma nobiliario cultural.<sup>7</sup>

Me he detenido un poco en la reflexión sobre las universidades porque ahí se expresa con total crudeza la problemática de la no lec-

<sup>6</sup> Dentro de esta perspectiva puede ser leída la afirmación de Pierre Bourdieu: “La enajenación cultural excluye la conciencia de la enajenación. Porque la dominación fundada en el capital cultural es mucho más estable, mucho más fuerte que una dominación fundada solamente en el capital económico.” Pierre Bourdieu, *Capital cultural, escuela y espacio social*, México, Siglo XXI Editores, 1997, p. 173.

<sup>7</sup> Evidentemente, el problema se complejiza aún más si asumimos que hoy en día incluso existe toda una tendencia a la satanización de la cultura; para comprobarlo bastaría ver uno de los sentidos que el término *nerd* connota. Finkielkraut, aunque con otras palabras, se refiere a esta problemática así: “Seamos claros: esta disolución de la cultura en el todo cultural no pone fin ni al pensamiento ni al arte. [...] El problema con el que últimamente nos hemos tropezado es diferente, y más grave: las obras existen pero, tras haberse borrado la frontera entre la cultura y la diversión, ya no hay lugar para acogerlas y para conferirles sentido. Por consiguiente, flotan absurdamente en un espacio sin coordenadas ni referencias. Cuando el odio a la cultura pasa a su vez a ser cultural, la vida guiada por el intelecto pierde toda significación.” Alain Finkielkraut, *La derrota del pensamiento*, Barcelona, Anagrama, 5a. ed., 1995, p. 122. Véase también Gabriel Zaid, *De los libros al poder*, México, Grijalbo, 1988, en especial la primera parte.

---

---

tura en los tiempos modernos. Si en esos centros, que constituyen la punta de la pirámide educativa, a la cual —por diversas razones que no viene al caso analizar aquí— sólo llegan aquellos que constituyen la élite de los sistemas educativos,<sup>8</sup> las tasas de lectura son muy bajas y, en términos generales, el hábito y/o vicio de leer libros brilla por su ausencia, ¿qué tan grave será la situación en el resto de la sociedad? Rescato algunos datos escalofriantes levantados en 1993, esto es, un año antes del eufemísticamente llamado “error de diciembre” de 1994, por lo cual deben ser ponderados aún más a la baja, dados los efectos consecuentes que acendró la crisis sobre el consumo en general y, peor aún, sobre los elementos culturales.

- 1) Si bien el 25% de los entrevistados declaró tener más de 31 libros en su casa, hubo un 21.3% que manifestó simplemente no tener un solo libro.
- 2) El 50% de lo entrevistados con nivel de escolaridad de licenciatura declaró tener más de 31 libros, y dentro de esa élite educativa el 10% señaló sin tapujo alguno poseer menos de cinco libros.
- 3) En el último año al levantamiento de la encuesta, esto es, antes de la gravísima crisis económica iniciada a finales de 1994, el 57.7% del total no había adquirido ni un libro. De los entrevistados con nivel por lo menos de licenciatura, el 22.1% no lo había hecho.
- 4) El 41.5% del total declaró no haber estado nunca en una biblioteca.
- 5) Finalmente y en contraparte, el 91.5% declaró ver televisión y, por supuesto, en el 49.1% de los hogares de los entrevistados se está inscrito en algún videoclub.<sup>9</sup>

Antes de continuar, es de fundamental honestidad explicitar que el problema de la no lectura no se circunscribe, como suelen hacer

<sup>8</sup> Un dato revelador escuchado en un noticiero es que en México de cada cien alumnos que ingresan a la primaria sólo cuatro egresan de la licenciatura. La información no especificaba que entendían por “egresar”, si era terminar los estudios o titularse; sin embargo, aun concediendo que fuera esto último la cifra es atterradoramente representativa de lo agudo de dicha pirámide.

<sup>9</sup> Jorge A. González y Ma. Guadalupe Chávez M., *La cultura en México. 1 Cifras Clave*, México, Conaculta/Universidad de Colima, 1996.

la generalidad de los estudios al respecto, al sector estudiantil, ni tiene que ver con que las instituciones educativas sean privadas o públicas, sino que abarca a los docentes, investigadores, funcionarios, etcétera; en fin, a toda la comunidad universitaria.<sup>10</sup>

Si bien he señalado que la preocupación sistemática por la no lectura puede ubicarse a partir de la década de los sesenta, permítaseme referir un ejemplo bastante más antiguo pero que servirá para evidenciar un punto crucial de mi reflexión. En los años veinte, la "cruzada cultural vasconcelista" en México logró, entre otras cosas, el tiraje y distribución nacional de cientos de miles de volúmenes de textos clásicos, así como la fundación de un sinnúmero de bibliotecas a lo largo y ancho del territorio.<sup>11</sup>

Recordar tal valiosísimo y romántico esfuerzo viene a colación porque, sin dejar de reconocer sus méritos y bondades, a tres cuartos de siglo de distancia podemos ver que no alcanzó los objetivos que se pretendían. La creación del hábito de lectura, el conocimiento de las grandes obras literarias de la humanidad, o la "culturización del país" no son características del nivel educativo mexicano contemporáneo. Al respecto y enmarcado con los tintes del mito se cuenta que en alguna ocasión, siendo presidente Álvaro Obregón, debió bajar de su tren mientras hacía una jira por el estado de Sonora. Durante la espera entabló conversación con un nativo que ni siquiera sabía el nom-

<sup>10</sup> Véase Xavier Rodríguez Ledesma, "Lectura y cultura universitaria. A propósito de un texto de Gabriel Zaid", *El Acordeón*, México, Universidad Pedagógica Nacional, agosto de 1997.

<sup>11</sup> En México, José Vasconcelos declaraba en 1921, "Lo que necesita el país es ponerse a leer la *Iliada*. Voy a repartir cien mil Homeros, en las escuelas nacionales y en las bibliotecas que vamos a instalar." Y así fue, se editaron millones de ejemplares y se crearon cientos de bibliotecas. Los autores y títulos que conformaron la oferta, además de los libros de texto y una diversidad de manuales y libros técnicos, fueron: "*La Iliada*, *La Odisea*, Homero, Esquilo, Sófocles, Eurípides, Platón, Plutarco, Plotino, *Manual de budismo*, los Evangelios, *La divina comedia*, Shakespeare, Lope, Calderón, el *Quijote*, Goethe (*Fausto*), Ibsen, Shaw, Rolland, Tolstoi, *Historia universal* de Justo Sierra, Ruiz de Alarcón, Pérez Galdós, Balzac, Dickens, Victor Hugo, Aristóteles, Marco Aurelio, San Agustín, Montaigne, Descartes, Pascal, Kant, Rousseau, Sor Juana, Othón, Urbina, Nervo, González Martínez, Díaz Mirón, Ignacio Ramírez, Rabasa, Caso, Prieto, Micrós, etcétera, más manuales de legislación, psicología, sociología, economía, historia del arte, geografía, sindicalismo, agricultura, pedagogía, ciencia industrial, antologías de prosa y poesía mexicana, española y latinoamericana, historia de México, etcétera. En total, en el plan original eran 524 títulos en cinco colecciones: clásicos, biblioteca agrícola, pedagógica, industrial y biblioteca de consulta para agricultores e industriales." José Joaquín Blanco, *Se llamaba Vasconcelos. Una evocación crítica*, México, Fondo de Cultura Económica, 3a. reimp., 1993, pp. 104-105 y ss.

---

---

bre del pueblo donde vivía, había nacido y seguramente moriría. Obregón, consternado por tan sublime ignorancia, además de darle algunas monedas al individuo, le ordenó a su secretario que en cuanto llegaran a la capital le enviaran al pobre hombre unos ejemplares de *La divina comedia* y de los *Diálogos* de Platón que Vasconcelos acababa de editar.<sup>12</sup>

Sea verdad o no que eso sucedió, ilustra muy bien una primera conclusión: acercar los libros a la gente no quiere decir, ni mucho menos, que éstos vayan a ser automáticamente leídos, o que de manera espontánea se produzca el gusto por ellos y el hábito de “darles el golpe”. Quizás, aunque parezca grosero decirlo, lo primero que se necesita es aprender a leer.<sup>13</sup>

A dos años del nuevo milenio, las cosas en lo esencial no han cambiado desde aquella jocosa anécdota vasconcelista. Si bien las estrategias se “modernizan” y los pobres recursos dedicados a estos menesteres adoptan otra forma obviamente más acorde con nuestros tiempos, el fondo del problema continúa siendo el mismo. Por ejemplo, se pretende hacer llegar la comunicación satelital y cibernética hasta las regiones más apartadas de la nación. La educación a distancia se ha puesto de moda y algunas universidades dedican un alto porcentaje de su magro presupuesto a diseñar e implementar estos nuevos mecanismos educativos.

Me tomo la libertad de abrir aquí unas líneas para externar una preocupación aleatoria. Desde esa perspectiva, se ve claramente que una nube intensamente gris, presagiadora de tormentas administrativas muy fuertes, se cierne sobre la academia y sus rituales: no está lejano el día en que a los burócratas que asolan las instituciones

<sup>12</sup> John W. F. Dulles, *Ayer en México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1977, pp. 117-118.

<sup>13</sup> “La persona no lee libros porque nunca aprendió a leerlos, porque nunca ‘les dio el golpe’, porque nunca les encontró el gusto, por lo cual nunca le gustarán. Y como, además, para tener éxito profesional y ser aceptado socialmente y ganar bien no es necesario leer libros...” Gabriel Zaid, *Los demasiados...*, *op. cit.*, p. 55. De tal forma creo que constituye un auténtico grito en el desierto la solicitud hecha por Bartra en el sentido de que: “los medios masivos de comunicación hacen muy poco para promover la lectura de libros. En la televisión o la radio los programas culturales están segregados a canales y horarios marginales. Las secciones culturales de diarios y revistas, si existen, sufren de una discriminación similar. ¿Alguna vez a un banquero, a un líder sindical, un político o un funcionario se le ocurre citar y recomendar alguna lectura? Muy rara vez, y en ello son imitados por locutores de radio y presentadores en la televisión. ¿Sería mucho pedirles a todos ellos que lean? ¡Y que comuniquen a la sociedad el gusto por la lectura!”, Roger Bartra, *op. cit.*



educativas ejerciendo su poder sobre el presupuesto, se les ocurra que todo tipo de encuentros, coloquios, congresos y demás actividades inherentes a la vida académica (incluyendo la edición de revistas y libros) no tienen ningún caso, ya que los altos costos (dinero y tiempo) que implican pueden ser sustituido con creces si las discusiones y reflexiones se realizan a través de internet.

Incluso esa herramienta "eficientaría" (horrible palabra) la actividad de intercambio de ideas, pues la lectura de las ponencias y sus respectivas discusiones se llevarían a cabo de manera inmediata, en cuestión de milisegundos, a que el autor la haya terminado de redactar y enviado al ciberespacio, el cual, obviamente, puede cubrir a un número mucho mayor de especialistas interesados que a unos cuantos privilegiados a los que se les puede sufragar los viáticos. El ahorro de tiempo y la ampliación del espectro de participantes, que sumados redundan en un uso más racional de los recursos, serán, como ya sabemos desde hace tiempo, su formidable y trillada coartada.

En lo que respecta a la edición de textos, este ejercicio de imaginar el mundo desde el burócrata universitario del futuro cada vez más cercano es realmente atroz, pues fácilmente puede deducirse algo tan simple como: ¿para qué editar libros y revistas que nadie compra, que tan sólo sirven para llenar bodegas en las que las ratas podrán saciar su hambre de crítica (*Marx dixit*), cuando subirlos a la *Web* (así en inglés) es mucho más barato?, además de que es factible que sean bajados de ahí para su consulta solamente por el exiguo número de interesados. Bien pensado, por aquello del ahorro de papel, hasta en ecologistas nos convertiremos.

Regreso ahora a la idea central del trabajo. Una discusión similar a las reflexiones sobre la problemática de la escasísima cultura de lectura y como afrontarla, se da entre los especialistas de ese ámbito educativo en la cual, *grosso modo*, podemos identificar dos bandos: por una parte, los que, finalmente siguiendo una lógica similar a la vasconcelista, consideran necesario aprovechar esas nuevas tecnologías para hacer llegar la cultura y la educación hasta el más apartado rincón; y por otra, los que lo ven con profundo escepticismo amén de un fuerte dejo de nostalgia por los usos y las prácticas pasadas en dicha actividad, por lo cual levantan la bandera de la necesaria interacción humana como elemento fundamental del proceso educativo.

---

El problema parece decantarse pudiendo ser sintetizado de la siguiente manera: ¿cómo afrontar desde el ámbito educativo y cultural (particularmente desde la cultura de la lectura de libros) el surgimiento e ineludible desarrollo de estas nuevas fases y herramientas tecnológicas para la comunicación humana, en particular en sociedades como las latinoamericanas, dentro de un marco político internacional definido por la globalización?

Lejos estamos de ponernos de acuerdo, quizás incluso de comprender el fenómeno en su historicidad, ya que evidentemente no es sencillo asumir las consecuencias de nuestra propia historicidad.

Una reacción bastante difundida señala el grave “peligro” que esta revolución significa. La completa sustitución de la lectura de libros por las nuevas formas comunicativas globalizantes solo logrará crear legiones de *Beavis and Buttheads* a lo largo de todo el territorio bañado por la señal de los satélites.<sup>14</sup> La lectura de libros desaparece, la especie de los escritores y la de los editores muere por inanición, extinguiéndose, por consecuencia, de la faz de la tierra aquel raro espécimen conocido como lector y, por supuesto, la cultura, dejando su paso al hedonismo más ramplón. De seguir así las cosas, si no hacemos algo por detenerlo, ese futuro —se nos dice— inexorablemente llegará.

Pero dejemos por un momento la inquietud generada por visualizarnos dentro de algunos años intentando participar en un congreso sobre historia de la educación viviendo ya en el *Wayne's World* (para Latinoamérica en la versión de *Los olvidados*) y preguntémosnos ¿cuánta gente habrá leído, por ejemplo, *Tieta du Agreste*, la exquisita novela de Jorge Amado? Yo no lo sé, pero lo que sí puedo afirmar es que esa cantidad, cualquiera que sea, fue superada amplísimamente por los millones que vimos la telenovela. También será muy grande la cifra de los que vuelvan a admirar tan deliciosa fábula en cuanto la película sea estrenada; posteriormente muchos de ellos comprarán o rentarán el video y unos pocos (varios miles) privilegiados adqui-

<sup>14</sup> Véase Carlos Fuentes, *La frontera de cristal*, México, Alfaguara, 1996. En este mismo tenor, Finkielkraut afirma: “En una palabra, ya no son los adolescentes los que, para escapar del mundo, se refugian en su identidad colectiva; el mundo es el que corre alocadamente tras la adolescencia. Y esta inversión constituye, como observa Fellini con cierto estupor, la revolución cultural de la época posmoderna...”. A. Finkielkraut, *op. cit.*, p. 135.

rirán el *laserdisk*, además, claro está, de consultar la página que seguramente abrirá en internet la compañía productora.

Ahora contestemos la siguiente pregunta: ¿Jorge Amado y su obra poseen menos valores por el hecho de que su narración haya sido motivo de una telenovela? ¿Se convirtieron él y su novela en agentes desculturizadores, enajenantes, por permitir que *Tieta* fuera llevada a la pantalla gigante con todo lo que en términos promocionales eso quiere decir? Para mí la respuesta a ambas preguntas es la misma, evidente y contundente: no.

Señalo otro caso igualmente demostrativo. Dentro de las múltiples novedades y aciertos que ha implementado en México el Ejército Zapatista de Liberación Nacional en su estrategia política, fue justamente la apertura de espacios en internet una de las más significativas, en virtud que desde ahí se ha llevado a cabo un proceso de información y participación mundial contrapuesto al manipuleo informativo oficial del gobierno mexicano. Tal capacidad (tanto tecnológica como política) de los zapatistas no dejó de sorprender, pues mostró la manera en que los nuevos medios pueden ser utilizados para algo más, mucho más, que andar formando enajenados por doquier.

Así las cosas, es comprensible que la primera e instintiva inclinación al ludismo sea paulatinamente racionalizada. No se trata, pues, de evadirnos de la existencia de esas nuevas formas tecnológicas, ni mucho menos de plantear la necesidad de su destrucción y/o prohibición. Al contrario, el camino consiste en, insisto, recuperar el sentido del término *historicidad* que, como sabemos no se refiere únicamente a pautas cronológicas. Pensándolo así el problema se trastoca, nos percataremos de que no radica en cómo se lee (si es en libro o en pantalla o en televisor, etcétera), sino en qué se lee. No podemos olvidar que los mensajes son creados, elaborados y difundidos por ciertos sectores sociales; según vemos, actualmente se caracterizan por dar un contenido desarraigador en aras de crear un mundo globalizado. El *quid* no es tanto el medio sino el mensaje que por ahí se envíe. Por eso *Tieta* es y seguirá siendo maravillosa; y los zapatistas han sido suficientemente sensibles para percatarse de ello y actuar en consecuencia.

La situación analizada presenta, como dije al principio, características específicas en las sociedades latinoamericanas. Con altos gra-

---

dos de analfabetismo e ínfimos niveles de lectura en el sector alfabetizado, debemos reforzar los esfuerzos por avanzar hacia la solución de ambos problemas. Ese atraso debe empezar a corregirse. De cara a ello, las formas tradicionales educativas y culturales no deben (ni pueden) suplantar a la “tecnología de punta”. Ésta existe, es cierto, y tenemos que ser lo suficientemente hábiles para retomarla utilizándola en función de expectativas, necesidades e intereses propios. Las formas comunicativas no tienen por qué ser excluyentes; eso depende de nosotros. Desde esta lógica comparto la reciente reflexión de Carlos Fuentes:

El proceso mundial que basa la tecnología en la información, en el conocimiento, tiene que darse también, en todas sus etapas, dentro de la sociedad mexicana. Otra vez, el maestro, la escuela, el alumno, están en la base real del proceso, que será puramente ilusorio sin esa sustentación. Más vale llegar tarde al banquete de la civilización, pero con un itacate y provisiones propias. Por si las moscas.<sup>15</sup>

A pesar del oprobioso y aparentemente irreductible proceso de globalización, modernización, satelitación e “internetación”, debemos trabajar por mantener nuestra existencia identitaria; en términos de lo que aquí se ha escrito tendremos que ser lo suficientemente astutos para manejar y proponer dentro de las viejas y las nuevas formas simbólicas. La comunicación —dicen los clásicos sin faltarles razón— es de ida y vuelta; de tal forma nuestras culturas también tendrán que imponer su matiz en esta nueva revolución que estamos viviendo. Ése es nuestro reto.<sup>16</sup>

<sup>15</sup> Carlos Fuentes, *Por un progreso incluyente*, México, Instituto de Estudios Educativos y Sindicales de América, 1997, p. 124.

<sup>16</sup> “El objetivo sigue siendo el mismo: destruir el prejuicio, pero, para conseguirlo, ya no se trata de abrir a los demás a la razón, sino de abrirse uno mismo a la razón de los demás. La ignorancia será vencida el día en que, en lugar de querer extender a todos los hombres la cultura de que se es depositario, se aprenda a celebrar los funerales de su universalidad; o, en otras palabras, los hombres llamados civilizados bajen de su ilusorio pedestal y reconozcan con humilde lucidez que también ellos son una variedad de indígenas. Pues el oscurantismo —que sigue siendo el enemigo— se define por “el rechazo ciego a lo que es nuestro”, y no por la resistencia que encuentra en el mundo la propagación de nuestros valores y de nuestra forma propia de discernimiento.” A. Finkielkraut, *op. cit.*, p. 61.

Estamos entrando apenas en lo que, en palabras de Roger Chartier, será un nuevo mundo mental.<sup>17</sup> Donde la lectura se realizará en forma distinta y eso no debe asustarnos. Antes se leía en voz alta, de rollos, estando de pie o moviendo los labios, creyéndose incluso que el acto de leer representaba auténticamente un peligro para la salud del lector.<sup>18</sup> Ahora se hará en pantalla y en vez de ensalivarnos el dedo para cambiar la página deberemos mover el *mouse*. Pero el mensaje ahí estará, se trata de que lo conformemos. Siempre ha sido así; el modo de atribuir significados ha variado de cultura en cultura. Nadie nos obligará a gritar o, mejor dicho, a escribir en la pantalla: “Gutenberg ha muerto. ¡Viva Bill Gates!” Ambos podrán seguir compartiendo su espacio virtual, y ese espacio lo constituimos todos nosotros. La crítica, se ha dicho hasta la saciedad, es el deber de los intelectuales; hoy en día la crítica puede pensarse a la manera en que Bourdieu la expresó hace poco:

el proyecto de resistencia y de reconstrucción cultural que los artistas, los escritores y los científicos deben emprender en común, más allá de las fronteras entre las disciplinas y las naciones, debe fundarse en una crítica constructiva de todas las ilusiones que sus antecesores han contribuido a producir y a mantener, tanto sobre el mundo como sobre su misión y sus poderes.<sup>19</sup>

<sup>17</sup> Roger Chartier, *op. cit.*, en particular el epílogo: “Del códice a la pantalla: las trayectorias de lo escrito”, pp. 249-263.

<sup>18</sup> Cervantes, para dar inicio al Quijote, utilizó una creencia generalizada sobre los peligros que la lectura implicaba. Véase también lo siguiente: “En un opúsculo editado en 1795, J. G. Heinzmann enlistó los padecimientos físicos que acarrea una lectura inmoderada: ‘susceptibilidad a pescar resfriados, dolores de cabeza, debilitamiento de los ojos, salpullido, gota, artritis, hemorroides, asma, apoplejía, dolencias pulmonares, indigestión, estreñimiento, trastornos nerviosos, migrañas, hipocondría y melancolía’. [...] El ‘arte de la lectura’ comportaba lavarse la cara con agua helada, dar paseos al aire libre y practicar complejos ejercicios de concentración y de meditación.” Robert Darnton, “El lector como misterio”, *Fractal*, núm. 3, México, octubre-diciembre de 1996, p. 42.

<sup>19</sup> P. Bourdieu, *op. cit.*, p. 202.